

LA PIQUERÍA



Año VI-Núm. 179

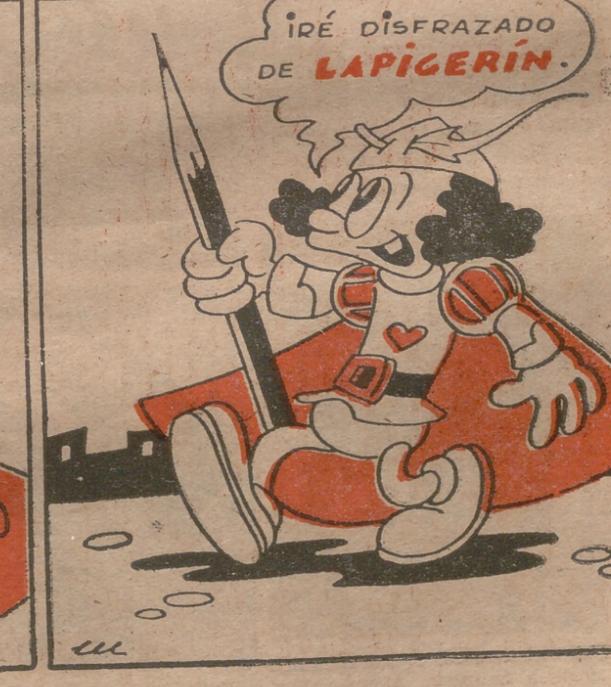
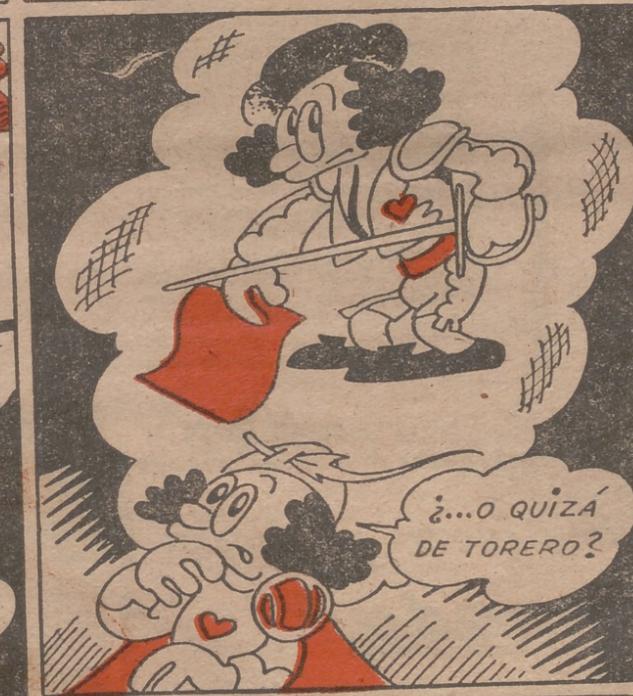
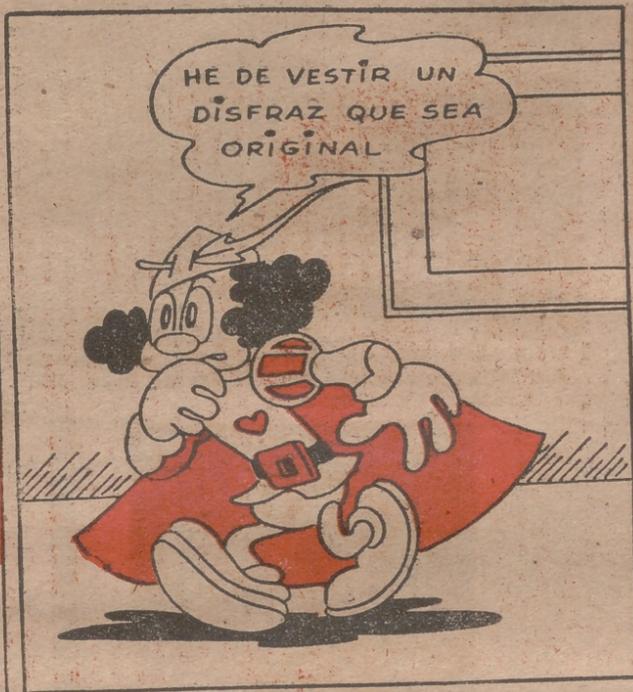
VALENCIA

Jueves, 7 de marzo
de 1946

SUPLEMENTO INFANTIL DE

Jornada
DIARIO DE LA TARDE

LA PIQUERÍA BUSCA DISFRAZ



FALLAS INFANTILES

1946



FALLA NUM. 82. — MALUQUER-PICASENT
Manuel Villagrasa, José Alarte, Elías Villagrasa, José García Martínez, Alvaro Navarro, María Luisa Cánovas, Pilarín Pradas, Teresín Pradas, María Angeles Villagrasa, María Cristina Ribes, María Esther Ortubé y Mari Carmen Alarte.



FALLA NUM. 100. — SAN VICENTE
Vicente Baldo, Peregrin Alcina, Enrique Alcina, Mario Gómez, Jaime Alamar, Domingo Martínez, Antonio Diaz, Alfredo Zarco, Luis Bonafé, Rafael Olaso, Vicente Hurtado, Santiago Toráán, Vicente Oquendo, Mari Merce Puigcerver, Pepita Oquendo, Amparín Querol, Mari Tere Hernández.



FALLA NUM. 99. — CUBA-PUERTO RICO
Enrique Peyró, Julio Gorrís, José Pérez Martínez, Vicentita Fuiró, Castita Cháfer, men Navarro, Emilián Flor, Sarita Ibáñez, Mascarós, Maruja Jarque y Conchín Abadía.



FALLA NUM. 93. — ENCORTS-PERFECTO
Rafael Puchades, Francisco Vidal, Sebastián Agulló, Antonio Solsona, Andrés Vidal y Vicente Martínez.



FALLA NUM. 101. — CALLE VALENCIA (Benimaclet)
José Mesquero Esteve, José Valverde Font, Enrique Andrés y Melchor Más.



FALLA NUM. 97. — PELAYO-M. MARZAL
Domingo Martí, José Mira, Miguel Ríos, José García, Rafael Vázquez, Fernando Ramón, Antonio Marco, Alfredo Isach, Pepita José Ramón y Francisco Guara.



FALLA NUM. 91. — M. GRANADOS (Burjasot)
Pepito Pitarch, Amparín Dorocha, Pepita Talón, Rafael Calabuig, Ramón Pitarch, Pepito García, Carmen Cabedo, Trinidad Martínez, Natalin Pitarch, Vicente Martínez, Rafael García, Maruja Catalá, Carmen Andrés, Fenin Badenas, Rafael Pitarch y Vicentín Villena.



Falla número 12. Don Juan de Austria - Dr. Romagosa
Presidente, Julio Vicente; vicepresidente, Antonio Vargues; secretario, Justo Gozálviz; vice, Rafael Vicente; contador, Antonio Sanjuán; presidente festejos, Juan Barceló; vice, Ricardo Vela; secretario, Paquito Senano



FALLA NUM. 37. — PROLONGACION ACADEMIA
Daniel Díaz, Antonio Díaz, Eduardo Blázquez, Julio Simó, Joaquín Vilanova, Paquito Moreno, José Portales, Amparín García, Angelita Rodríguez, Amparín Castillo, Maruja García, Maruja Amparín Beltrán, Carmen José Monleón, Teresa Vicente Camps, Paquita Pitarch y Carmen Arias.



Falla n.º 100. Calle San Vicente
Mari Mercé Puigcerver
Fallera mayor

El próximo jueves publicará
Jornada
todas las fallas infantiles

en un número
extraordinario
de



Falla número 35. Mayor - Campaña - Horno Alcedo (Castellar)
Maruja Gincir Tamarit
Fallera mayor



Falla número 96. Cuarte-Botánico
Enrique Lanzuela, Augusto Yusate, Francisco Tomás, Paquito Cabó, César Juste y Ramón Martí



Falla número 45. Calle Vivóns
Teresín López Ribera
Fallera mayor

PEQUE
SUPLEMENTO INFANTIL DE **Jornada**



Falla número 13
Ciscar - Mestre Racional
Consuelito Lloret Estellés
4 años. Fallera mayor



Falla número 102
Camino de Montebatre
Francisco Monzonis, Francisco Pérez, José Pérez, Vicente Pérez, Jesús Moreno, Ricardo Montañar, Rosita Mayoral, Maruja Pajarán, Oriol Miquel, Maribel Matarán, Rosarín Moscardó, Encarnita Monsalbes, Mari Pina Asensio

La Reina de las fallas infantiles y su corte de honor

—¿Qué le dijo el café al cola-
dor?
—¿Qué le dijo?
—Por ti estoy colado.
—
—¿Qué le dijo el pintor a su
hijo, que es un egípcio?
—¿Qué le dijo?
—¡Pinta!
—
—¿Qué le dijo el artillero a la
bala?
—¿Qué le dijo?
—Adiós, granada, granada mía.
—
—¿Qué le dijo el aviador, en
el aire, al motor?
—¿Qué le dijo?
—Si me quieres matar, párate.
—
—¿Qué le dijo el futbolista a la
bola?
—¿Qué le dijo?
—¡Vas que chutas!
Juan Martínez, 9 años.
Grao (Valencia)
—
—¿Cuál es el colmo de un le-
chero?
—Dar confites cuando bautiza
la leche.

—¿En qué se parece un músico
a un egípcio?
—En que el músico pertenece a
una banda, y el egípcio tam-
bién.
Vicente Genovés, 13 años.
Amigüto 212, Valencia.

El maestro.—A ver, Sanz: ¿De
qué color eran las babuchas que
calzaba Almanzor?
Sanz.—Amarillas.
El maestro.—No, señor; eran
azules.
Sanz.—Pero tenga en cuenta,
señor maestro, que tenía dos pa-
rs.

—¿Qué le dijo un peluquero a
un indio?
—¿Qué le dijo?
—Me estás quitando el negocio.
Pepito Gil, 11 años.
Grao (Valencia)

Un baturo y su hijo es un mi-
rro un automóvil, expuesto en
un escaparate.
—Pare —dice el chico—: ¿Qué
qué leir 14 HP.
—¿Cuidau que eres inorante!
—contesta el padre—. Eso ice «14
he pillau».
Juan Romero, Valencia.

—Tío Pepe, Mi padre me man-
da pa decirle si quiere prestarme
un litro de vino clarete.
—Dile a tu padre que no me
da la gana. Que si lo quíe más
clarete entoavía.
Juan Romero, Valencia.

CURIOSIDADES

Los tunecinos usan unas máqui-
nas que al estallar matan a los
olivos, pues estos animales son
grandes destructores de olivas. En
una sola semana, 31.000 de estos
pájaros fueron muertos de esta ma-
nera.

* * *

Si pudiéramos ver al microscopio
el pan, el agua y los alimentos que
nos comemos, nos sería imposible
tragar un solo bocado: tal es la
abundancia de microbios que en
ellos pululan.

* * *

Los amputados creen sentir cos-
quilleo, picazón, quemaduras, en
los miembros de los cuales han si-
do privados. Tales sensaciones no
tienen carácter alucinatorio, sino
que provienen de la excitación del
extremo central del nervio sensi-
tivo que ha sido cortado.

* * *

Hay pocos lugares en el mundo
donde las tempestades se desenca-
denen con tanta frecuencia como
en Madagascar. En Tenarive, los
rayos matan de 300 a 400 indivi-
duos cada año. Los temporales más
terribles descargan desde primeros
de mayo hasta mediados de abril.

LUZ

En Nueva York han constatado
que los habitantes de los pisos su-
periores de los rascacielos, gozan
de la luz solar una hora más que
los habitantes de los pisos inferior-
es.



**PILARIN BERNABEU COR-
BATON**
De la Corte de Honor



**MARIA VICTORIA ORDOVAS
VALERO DE PALMA**
De la Corte de Honor



**MARIA TERESA VILLA Y
GARCIA**
De la Corte de Honor



Ada Sancho Rodriguez-Fornos
(REINA DE LAS FALLAS INFANTILES)



CONCHITA CASTELVI GARCIA
De la Corte de Honor



**MARI NIEVES BELTRAN
CERDA**
De la Corte de Honor



INMACULADA MARCO SAGALA
De la Corte de Honor



Amparo Descalzo
10 años.—Benimámet



Carlos Pérez, 12 años, Valencia



Amparita Sandelinas
12 años.—Valencia



José Fayos Oleina
12 años, Valencia



R. Mompó, 11 años, Cabanil



Salvador Alemany
13 años, Valencia

Su majestad la reina de las hadas se aburría en su palacio de cristal y platino; para distraerse resolvió tener un hijo. Claro está que la reina de las hadas no podía comprar en París un niño de carne y hueso como cualquier mortal. Levantó el dedo meñique de la mano izquierda, y su ejército de gnomos acudió a este llamamiento.

—Traedme —dijo la augusta dama— cuatro kilogramos de azúcar molido y otros tantos de almendras dulces; seis litros de esencia de rosas y seis de esencia de jazmín; cuarenta perlas; dos zafiros y una docena de rubíes; cien gramos de nácar, veinte madejas de hilo de oro, 10 varas de terciopelo verde y diez de raso color grosella; no dejéis de traer tam-

EL HADA FLORINDA

Por MAGDA DONATO

recibir un azote o ser castigado. Verdad es que no lo necesitó tampoco, pues su madre se había cuidado de dotarle con todas las virtudes imaginables, y así Lucero era tan bueno como bello y tan razonable y listo como dichoso.

dono. Florinda era buena y tenía conciencia de su deber de hada; aquel día se dedicó a proporcionar al anciano un cesto que estuviese eternamente lleno de comida, un perro fiel y una casita que cobijase su vejez; a cambio de estos servicios le pidió

aspecto más brillante que nunca. Las inmensas salas resplandecían de luces encendidas en piedras preciosas de gran tamaño. Sobre un tronco de ébano con incrustaciones de brillantes la reina estaba sentada, deslumbrante de belleza y de lujo; a sus pies, Lucero se hallaba respetuosamente acurrucado sobre un cojín de terciopelo.

Continuamente llegaban hadas, todas bellas, vestidas con trajes de seda y coronadas con flores y pedrerías.

Su majestad levantó su varita de marfil y las hadas fueron acercándose una a una, depositando a los pies de la soberana sus ofrendas.

Se vieron las cosas más extraordinarias del mundo: un collar hecho con estrellas del cielo y un vestido tejido con un rayo de luna; un mirlo blanco y un ramo de azucenas negras; lumbre que no quemaba; la flecha de un amor eterno; los dientes de una gallina, y la cabellera de una rana; ¡qué sé yo!

La reina de las hadas estaba bastante perpleja para escoger entre sus diligentes e ingeniosas súbditas la más merecedora de la recompensa prometida.

—Qué es esto, Florinda? —preguntó con tono severo.

—¿Tan holgazana has estado que no has hecho nada en todo el año para merecer la mano de mi hijo?

una lágrima, y la echó en una regadera de plata que llevaba.

El segundo día tuvo noticias de un joven que había sido transformado en pájaro por un brujo envidioso y cruel; Florinda empleó su tiempo y su ciencia en deshacer los encantamientos del brujo y devolver al joven su forma natural.

El tercer día se ocupó en proporcionar toda suerte de cosas a un niño pobre; el cuarto día devolvió la salud a varios enfermos; el quinto día acompañó a una desdichada madre en terribles aventuras para encontrar a un hijo que se le había perdido; al sexto día libertó a una princesa prisionera de un dragón.

Así, todos los días el hada hacía una buena acción y cada vez recogía una lágrima de aquellos a quienes protegía y la echaba en su regadera de plata. Y así transcurrieron trescientos sesenta y cuatro días. La regadera estaba llena; pero Florinda no había tenido tiempo de pensar siquiera en la maravilla que pudiese hacerla vencedora en el concurso. La pobre cilla dió un suspiro, plantó ante su castillo un rosál y lo regó con el contenido de la regadera.

Al día siguiente, ante su puerta se alzaba una rosa blanca y perfumada. Florinda se la puso a la cintura, montó en su carroza de raso azul, y muy triste, se encaminó al palacio de la soberana.

El palacio real ofrecía un

—Señora —murmuró Florinda, toda temblorosa—; no he hecho más que plantar un rosál, y sólo puedo ofrecerle esta rosa, que nada tiene de particular.

La reina, sorprendida, cogió la flor.

—Veo —dijo con desdén— que no tenías muchos deseos de ser mi nuera.

Y dejó caer la rosa a sus pies; Lucero la cogió, y no sé por qué puso un beso sobre los pétalos perfumados. Entonces la rosa dió un salto, se plantó en medio de la sala, y dijo con extraña vozcecita:

—Los que hablan por mi boca son todos aquellos de cuyas lágrimas he nacido.

Y contó una por una la historia de las trescientas sesenta y tres buenas acciones que Florinda había hecho durante el año. Cuando terminó, la reina preguntó a sus súbditas:

—Y vosotras, ¿qué habéis hecho por los hombres? ¿Cómo habéis cumplido vuestro oficio de hadas?

—Nosotras —contestaron las otras— no hemos tenido tiempo. Como vuestra majestad nos había ordenado que buscásemos una maravilla...

La soberana quedó algo confusa; pero Lucero miró a su madre de esa manera especial que tenía de mirarla cuando quería que le otorgara algún capricho; y la reina, porque era hada, y aún más porque era madre, comprendió lo que quería decir.

Lucero y Florinda se casaron, y su boda fué tal, que quedó grabada para siempre en los anales de la historia de las hadas. Y como las hadas son inmortales y sus maridos también, tengo la seguridad de que siguen viviendo por algún lugar de la tierra, siempre jóvenes, siempre dichosos y siempre buenos.



bién una artesa de plata y una palita de oro.

Cuando, a los cinco segundos, el hada tuvo estos objetos, hizo una pasta de azúcar y almendras, que amasó en la artesa de plata, con la palita de oro, y la regó con las esencias de rosa y jazmín; de este modo fabricó un muñeco, al que puso cabellos de hilo de oro, ojos de zafiro, dientes de perlas, labios y lengua de rubíes y uñas de nácar.

Cuando aquella maravilla estuvo terminada, el hada sopló ligeramente; en el acto, el muñeco —mejor dicho, el niño— estornudó, sonrió, abrió los ojos y dió a su madre el abrazo más afectuoso del mundo. Su majestad, encantada con su obra, le puso por nombre Lucero.

¿Para qué decir que los días de Lucero fueron tejidos de luz y de alegría? Era más poderoso que todos los príncipes del mundo; sus caprichos más fantásticos eran realizados en el acto. Un día se le antojó ir a ver lo que ocurría en la Luna, y su madre puso a su disposición una escala de oro, que le permitió llegar en un momento hasta nuestra blanca y redonda vecina. Otro día quiso dar la vuelta al mundo, y su madre le regaló un caballito de cartón con alas, que recorría mil leguas por segundo. No tenía más que abrir la boca para que entrasen en ella las más sabrosas y refinadas golosinas, y le bastaba con levantar un dedo para poseer los juguetes más perfeccionados.

En su vida supo lo que era

Cuando cumplió 20 años, su madre, la reina, reunió a todas sus súbditas, y les habló en la forma siguiente:

—Queridas y bellas hijas mías: Ha llegado para mi hijo, el príncipe Lucero, el momento de escoger esposa. No hay princesa en el mundo que me parezca digna de él; sólo una de vosotras puede aspirar a semejante honor. Pero ha de ser la más poderosa de todas; en una palabra, la que acierte a descubrir o inventar la maravilla más extraordinaria. Buscad, pensad, trabajad, medid. Que dentro de un año cada una de vosotras me traiga el resultado de sus pesquisas para que yo, a mi vez, escoja la que ha de ser esposa de mi Lucero y nuera mía.

Todas las hadas saludaron y se retiraron alborotadísimas, cuchicheando y comentando el suceso.

Desde entonces estuvieron todas tan ocupadas, que se olvidaron en absoluto de los asuntos de los hombres, y así aquel año el mundo fué casi tan desdichado como ahora en que las hadas han desaparecido por completo.

Y digo «casi», porque hubo una que no nos olvidó.

El hada Florinda, la más sencilla, la más dulce, acaso la más modesta de todas, se había enamorado de veras del príncipe Lucero, y al salir del palacio de la reina estaba dispuesta a trabajar activamente para conseguir ser su esposa. Pero en esto se encontró a un pobre viejo que lloraba, medio muerto de hambre, de frío y de aban-

